

El circo de la familia Pilo

Will Elliott

Traducción:
Juan José Llanos Collado



Título original: *The Pilo Family Circus*
Primera edición

© 2006, Will Elliot

Ilustración de cubierta: Heidi Whitcomb

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-625-4 Depósito legal: B-30408-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Para mis padres

El carnaval de la raza humana,
algodón de azúcar y caras sonrientes;
un niño habla con la boca llena,
una novia consigue un muñeco de peluche.

Se respira un ambiente festivo,
hemos encontrado otro mundo.

*Carousel*¹

¹N. del t.: Canción incluida en el disco homónimo de Mr. Bungle (1991).

Primera parte
Que vengan los payasos

1

La bolsa de terciopelo

Entre ellos no había ninguno que no mirase
hacia atrás,
con la esperanza de que el carnaval los restitu-
yese con los de su propia especie.

The Carny de Nick Cave²

Jamie se detuvo con un chirrido de los neumáticos y lo primero que se le pasó por la cabeza fue «casi mato a eso», en lugar de «casi mato a ese». En el destello de los faros había una aparición vestida con una camisa abultada salpicada violentamente de estridentes flores estampadas. Llevaba zapatones rojos, pantalones a rayas y maquillaje blanco en la cara.

Lo que alarmó de inmediato a Jamie fue la expresión de los ojos vidriosos y confusos del payaso, que sugerían que el mundo era completamente nuevo para él, que su coche era el primero que veía en su vida. Era como si acabara de eclosionar de un huevo gigantesco y hubiera deambulado hasta la carretera para detenerse en ella, tan inmóvil como

²N. del t.: Canción incluida en el disco *Your Funeral... My Trial* de Nick Cave & The Bad Seeds (1986).

el maniquí de una tienda, con aquella camisa floreada, que contenía a duras penas una barriga flácida, metida en la cintura de los pantalones, los brazos apretados a ambos lados del cuerpo y las manos enfundadas en guantes blancos que formaban puños gruesos y redondos. Bajo las axilas se extendían manchas de sudoración. Lo miró fijamente a través del parabrisas con sus maliciosos ojos saltones hasta que perdió el interés y se alejó del vehículo que había estado a punto de matarlo.

El reloj del salpicadero marcó el décimo segundo desde que Jamie había detenido el coche. Olía a caucho quemado. Sus tiempos como automovilista le habían costado al mundo dos gatos y un faisán, y ahora habían estado a punto de costarle un ser humano completamente idiota. Se le pasaron por la cabeza todas las desgracias que le habrían sucedido si hubiera titubeado lo más mínimo al pisar el freno: juicios, acusaciones, noches en vela y ataques de culpabilidad durante el resto de su vida. Enseguida le sobrevino una cólera homicida. Bajó la ventanilla y gritó:

—¡Eh! ¡Apártate de la puta carreteraaa!

El payaso no se inmutó, tan solo movió la boca, abriéndola y cerrándola dos veces, aunque no pronunció ninguna palabra. Jamie estaba a punto de sufrir un ataque a causa de la cólera; ¿acaso aquel tipo se creía gracioso? Rechinó los dientes y apretó el claxon. El pequeño y viejo Nissan resolló con todas sus fuerzas, emitiendo un sonido penetrante en la quietud de las dos de la madrugada.

Parecía que al fin le había causado cierta impresión. El payaso abrió y cerró la boca de nuevo y se tapó los oídos con las manos enfundadas en guantes blancos, al mismo tiempo que se volvía para encararse de nuevo con Jamie. El frío contacto de su mirada le provocó un escalofrío en la columna vertebral. *No vuelvas a tocar el pito, colega*, decían sus malévolos ojos. *¿No te parece que un tipo como yo tiene problemas? ¿A que prefieres que me guarde mis problemas para mí solo?*

La mano de Jamie vaciló encima del claxon.

El payaso se volvió nuevamente hacia la acera y avanzó dando tumbos antes de detenerse una vez más. Si un coche circulaba rápidamente en sentido contrario haría lo que había estado a punto de hacer Jamie. En fin, la madre naturaleza era sabia, tan solo era el curso natural del gen de la estupidez, al que se desterraba de la especie igual que se extrae la sangre emponzoñada. Jamie reanudó la marcha, meneando la cabeza y riendo nerviosamente.

—¿Qué demonios ha sido eso? —le susurró a su reflejo en el espejo retrovisor.

Pronto lo sabría... La noche siguiente, de hecho.

—¿Dónde está mi puto paraguas?

Jamie se lamentó para sus adentros. Era la cuarta vez que se lo preguntaba a grandes voces, acentuando sucesivamente todas las palabras. Frente a él estaba nada menos que Richard Peterson, un redactor sensacionalista de uno de los periodicuchos nacionales, *La voz del contribuyente*. Había entrado en tromba en el club de caballeros de Wentworth, en medio de una tormenta de Armani y betún. Como conserje, Jamie cobraba dieciocho pavos por hora por soportar amablemente aquella diatriba.

Los gritos se interrumpieron. Peterson lo miró fijamente en un torvo silencio, torciendo el bigote.

—Lo siento, señor, no lo he visto. ¿Me permite ofrecerle uno de regalo?

—¡Ese paraguas era una puta herencia!

—Lo comprendo, señor. Tal vez...

—¿Dónde está mi puto paraguas?

Jamie hizo una mueca cuando dos mujeres atractivas pasaron delante de las puertas y sonrieron ante el revuelo del interior. Durante los dos minutos siguientes repitió «lo comprendo, señor, tal vez...», mientras Peterson amenazaba con devolver el carné de socio, ponerles una denuncia, hacer que lo despidieran, ¿o es que acaso no sabía con quién estaba tratando? Finalmente uno de los colegas de Peterson atravesó el vestíbulo y se lo llevó a la barra como quien engatusa a un dóberman con un filete sanguinolento. Peterson se fue refunfuñando. Jamie suspiró, sintiéndose, no por primera vez, como la estrella invitada de una telecomedia británica.

A medida que arreciaba el ajetreo de las seis de la tarde se produjo una estampida de famosos de Brisbane con barriga cervecera, socios de bufetes de abogados, presentadores de telediarios, mandamases de la AFL³, jugadores de críquet retirados, miembros del Parlamento del Estado y personajes de todas clases, excepto jóvenes y femeninos. El

³ N. del t.: Australian Football League, liga de fútbol australiana.

silencio se adueñó del vestíbulo; los únicos sonidos que atravesaban las paredes de granito eran los cláxones amortiguados del tráfico, el reconfortante bullicio urbano de la jornada de trabajo que terminaba y la vida nocturna que despertaba. El vestíbulo estaba desierto; el sosiego solo se veía interrumpido esporádicamente por algunos miembros del club que salían más borrachos y risueños de lo que habían entrado. Cuando el último de ellos se hubo marchado dando tumbos, Jamie se concentró en una novela de ciencia ficción, mirando furtivamente por encima del hombro de tanto en tanto para asegurarse de que no lo sorprendiera su jefe ni un famoso de Brisbane extraviado. Esa, en cambio, no era una forma tan mala de ganar dieciocho pavos por hora.

El reloj dio las dos. Jamie despertó de una especie de trance y se preguntó adónde habían ido las últimas seis horas. El club estaba en calma; el resto de los empleados se habían ido a casa y todos los miembros estaban acostados, confortablemente llenos de cerveza, al lado de acompañantes de pago.

Jamie fue andando hasta el centro Myer. Era un joven alto y pelirrojo y daba zancadas largas y espasmódicas con sus delgadas piernas, taconeando secamente en la acera con unos zapatos brillantados, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de *sport*, jugueteando con una moneda de dólar entre el dedo pulgar y el índice. Un mendigo se había aprendido los horarios de sus turnos y desde hacía semanas trataba de interceptarlo cuando se dirigía al aparcamiento. El viejo salió a su encuentro delante del centro Myer en el momento preciso, oliendo a vino de barrica y con aspecto de Santa Claus decadente. Murmuró algo acerca del tiempo y fingió sorpresa y alegría cuando Jamie le entregó el dólar, como si fuera lo último que hubiera esperado, y de ese modo el turno de Jamie concluyó con profusos agradecimientos, lo que hasta cierto punto resultaba gratificante.

Preguntándose, no por primera vez, por qué demonios había estudiado Bellas Artes, arrancó el pequeño Nissan. El motor chirrió como un pulmón enfermo. En el trayecto a casa vio a otro payaso.

Los faros pasaron rápidamente ante los establecimientos cerrados de New Farm y allí estaba, delante de una tienda de comestibles. No se trataba del mismo payaso de la noche anterior; tenía mechones de cabello negro erizados como cerdas y la cabeza redonda como una pelota de baloncesto. Su atuendo también era distinto. Llevaba una sencilla

camiseta roja, que parecía una anticuada prenda interior de algodón, que le ceñía fuertemente el pecho y el vientre, y pantalones del mismo estilo con el fondillo abotonado. El maquillaje, la nariz de plástico y los zapatones rojos eran lo único que tenía de «payaso»; por lo demás, podría haber sido un borracho de cincuenta y tantos años que se hubiera perdido al volver a casa o andase en busca de un romance en una callejuela.

Cuando Jamie pasó el payaso estaba dando muestras de desesperación, llevándose las manos a la cabeza con exasperación y musitando alguna queja a los cielos. Vio por el espejo retrovisor que se agachaba entre aquel establecimiento y una tienda de artículos de jardinería, perdiéndose de la vista.

Jamie habría estado encantado de dejarlo estar; había psicópatas sueltos en el barrio, no tenía nada de raro que los hubiera en New Farm. Habría regresado a casa, habría subido a hurtadillas la escalera de atrás para darse una ducha, le habría ofrecido algo de comida a la legión de gatos callejeros de los alrededores, habría vuelto sigilosamente a su habitación, se habría masturbado con pornografía de Internet y se habría derrumbado en la cama, dispuesto a volver a empezar desde el principio al día siguiente. Pero su coche tenía otras ideas. Escuchó el chirrido de un voluminoso vientre metálico indigesto y a continuación le llegaron los olores del aceite y el humo. El pequeño Nissan murió en mitad de la calle.

Jamie dio un manotazo al asiento del acompañante y las casetes salieron despedidas en todas direcciones, como cucarachas de plástico. Su casa estaba a cuatro calles de distancia, en lo alto de una colina. Estaba estirando los músculos de las pantorrillas (para ponerse a empujar aquel cacharro desobediente), cuando oyó que una voz extraña exclamaba:

—¡Goshy!

Le dio un vuelco el corazón. La voz se oyó de nuevo desde atrás.

—¿Goshy?

Se había olvidado del payaso. Era sin duda una voz de payaso, una voz ridícula con un tono de preocupación exagerado y un lloriqueo infantil que brotaba de la garganta de un hombre de mediana edad. En la mente de Jamie aquel tono conjuraba la imagen del tonto del pueblo golpeándose el pie con un martillo y preguntando por qué le dolía. El payaso exclamó de nuevo, en esta ocasión con más fuerza:

—¿Goshyyyyyyy?

¿Goshy? ¿Sería una especie de palabrota? Jamie dio media vuelta y retrocedió hasta el aparcamiento de la tienda de comestibles. Las calles estaban silenciosas y sus propios pasos le parecían atronadores. Obedeciendo a cierto instinto que lo instaba a mantenerse oculto, se arrastró hasta el otro lado de un seto que había junto al aparcamiento y entre las hojas vio al payaso delante de la tienda de jardinería; estaba mirando al tejado y adoptando poses de padre afligido, pasándose la mano por la cabeza, echando los brazos al cielo y fingiendo desmayarse con los ademanes afectados de una actriz de teatro: poniéndose la mano en la frente, dando un paso hacia atrás y exhalando un gemido. Jamie esperó a que se diera la vuelta para salir corriendo del seto y ocultarse detrás de un contenedor de basura industrial para observarlo desde más cerca. El payaso volvió a pronunciar aquella palabra:

—¡Goshyyyyyyy!

Entonces se le ocurrió una idea. «*Goshy*» es un nombre. Puede que sea el nombre del payaso que estuve a punto de atropellar. A lo mejor este lo está buscando, porque *Goshy* se ha perdido. Parecía que encajaba. Y delante de sus ojos el payaso encontró a su amigo. El payaso de la noche anterior estaba en el tejado de la tienda de plantas, tan inmóvil como una chimenea. Apareció de una forma tan inesperada que Jamie, alarmado, estuvo a punto de gritar. Su semblante reflejaba la misma estupefacción pura.

—¡Goshy, no tiene gracia! —exclamó el payaso del aparcamiento—. Baja de ahí. Venga, Goshy, baja, ¡tienes que bajar! ¡Goshy, no tiene gracia!

Goshy seguía en el tejado sin moverse, apretando los puños a ambos lados del cuerpo como un niño petulante, con los ojos como platos, los labios fruncidos y la barriga flácida como una bolsa de cemento mojado debajo de la camisa. Contemplaba al otro payaso sin pestañear; no pensaba bajar, eso estaba claro. Parecía que le había dado un berrinche pasivo. Abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido y se dio la vuelta.

—¡Goshy, baja, por favooooooooor! Cuando venga Gonko se va a enfadar muchísimooooo...

No se produjo ninguna reacción en el tejado.

—Goshy, vengaaaaa...

Goshy se volvió nuevamente hacia el otro payaso, abrió y cerró la boca en silencio y a continuación, sin previo aviso, se adelantó tres pasos hacia el borde del techo sin doblar las piernas y se arrojó al otro lado. Había unos

tres metros y medio de altura. Goshy se precipitó de cabeza contra el cemento con la elegancia de un saco lleno de gatitos muertos. Cuando aterrizó se oyó un chasquido sordo, audible y espantoso.

Jamie aspiró entrecortadamente una bocanada de aire.

—¡Goshy! —El otro payaso fue corriendo hacia Goshy, que estaba tendido boca abajo, apretando fuertemente los brazos contra los costados. Le dio una palmadita en la espalda como si tuviera un simple ataque de tos. No sirvió de nada; probablemente Goshy necesitaba una ambulancia. Jamie miró nerviosamente a la cabina que había al otro lado de la calle.

El otro payaso le dio una palmadita un poco más fuerte en la espalda. Goshy, que seguía tumbado boca abajo, estaba rodando de un lado a otro como un boló derribado; parecía que estaba sufriendo una especie de ataque. El otro payaso le asió de los hombros. Goshy empezó a emitir un sonido semejante al de una tetera de acero hirviendo; un agudo chillido:

—¡Mmmmmmmmm! ¡Mmmmmmmmm!

El otro payaso lo levantó. Cuando se puso en pie, sin dejar de emitir ese horrible ruido, miró fijamente al otro payaso con una expresión de sobresalto en los ojos abiertos como platos. El payaso le sujetó por los hombros, susurró «Goshy» y le dio un abrazo. La tetera siguió chillando una y otra vez, pero el volumen disminuía con cada exabrupto hasta que el ruido cesó por completo. Cuando el otro payaso lo soltó, Goshy se volvió hacia la tienda de plantas, la señaló con un brazo rígido y abrió y cerró silenciosamente la boca. El otro payaso dijo:

—Ya lo sé, pero ¡tenemos que irnos! Cuando venga Gonko... —El payaso le dio a Goshy una palmadita en los pantalones, a continuación le metió las manos en los bolsillos y extrajo algo. Jamie no alcanzó a ver de qué se trataba, pero el otro payaso dio nuevas muestras de desesperación—. ¡Ah! ¡Ah, no! Caray, Goshy, ¿en qué estás pensando? No se puede tener esto aquí, no señor. Ay, ay, ay, Gonko va a... El jefe se va a poner muuuy...

El payaso se interrumpió para observar el aparcamiento desierto antes de arrojar el pequeño paquete, que aterrizó con un sonido como el de un carillón emitiendo una sola nota y se deslizó entre los setos que había junto a la acera antes de que Jamie pudiese verlo bien.

—Vámonos ya, Goshy —ordenó el payaso—. Tenemos que irnos.

Cogió a Goshy por el cuello de la camisa para llevárselo. Jamie se levantó, preguntándose si debía seguir a aquella pareja o ir corriendo a

la cabina telefónica; uno de aquellos idiotas se acabaría matando si lo dejaban a su suerte. Entonces algo atrajo su atención: un tercer payaso. Se hallaba junto a la puerta de una copistería, dos puertas más allá de la tienda de plantas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Jamie meneó la cabeza, incrédulo, y se agachó de nuevo para ocultarse. Supo de inmediato que aquel payaso no estaba aquejado de las enfermedades que afectaban al cerebro de los dos primeros; su semblante denotaba una aguda perspicacia y miraba fijamente a los otros dos con los ojos entrecerrados mientras estos atravesaban el aparcamiento arrastrando los pies. Goshy y su compañero se detuvieron. Goshy no se inmutó, pero el otro miró al nuevo payaso con algo semejante al terror. Tartamudeó:

—Hola... Gonko.

El payaso recién llegado no se movió ni reaccionó. Era delgado y llevaba un uniforme que consistía en unos holgados pantalones a rayas sujetos con tirantes, una pajarita, maquillaje blanco en la cara, una camisa decorada con dibujos de gatitos y un sombrero hongo de grandes dimensiones. Observó a los otros payasos con los ojos entrecerrados, como si fuera un gánster sacado de una película de mafiosos; si se había propuesto hacer reír a la gente, bien podría haberlo hecho a punta de pistola. Escrutó el aparcamiento como si estuviera buscando testigos y Jamie se encogió aún más detrás del contenedor industrial; de pronto estaba convencido de que era una idea estupenda que no lo vieses. El sonido de Goshy al estrellarse contra el cemento, un chasquido sordo, le reverberaba en los oídos, y sintió un escalofrío.

El nuevo payaso les indicó con el dedo a los otros que se acercaran. Estos acudieron dando tumbos.

—Tenía que encontrarlo, Gonko —se disculpó el payaso que no era Goshy—. Tenía que hacerlo, no sabe cuidarse solo aquí fuera, no sabe...

El nuevo payaso respondió con voz áspera:

—Cierra la puta boca. Vámonos. —Recorrió de nuevo el aparcamiento con la mirada, desde la acera hasta el contenedor industrial. Jamie se agazapó para ocultarse y contuvo el aliento. Se quedó agachado un minuto; le inquietaba que los payasos pudieran oír los latidos de su corazón, aunque no podía precisar qué era exactamente lo que temía. Finalmente se arriesgó a mirar por encima de la tapa del contenedor. Se habían ido. Se alejó de buena gana del nauseabundo hedor de la basura. Una pequeña mancha blanca junto a la tienda de jardinería señalaba el

punto en el que se había estrellado Goshy, el payaso. Maquillaje. Lo tocó y lo frotó entre los dedos para cerciorarse de que los últimos diez minutos habían sucedido de verdad.

En las inmediaciones se escuchaban los susurros de la noche en la ciudad, como si hubieran vuelto a encenderse tras una breve interrupción. Ladró un perro y se accionó la alarma de un coche en algún lugar lejano. El frío repentino le produjo un escalofrío y Jamie miró el reloj: eran las dos y cincuenta nueve minutos de la madrugada. Le quedaba por delante un largo paseo hasta su casa.

Cuando estaba cruzando la calle algo en el seto atrajo su atención. Recordó que uno de los payasos le había hurgado en el bolsillo a otro, había sacado algo y lo había tirado. Lo recogió; era una bolsita de terciopelo, de la mitad del tamaño de su puño, atada en la parte de arriba con un cordel blanco. Parecía que estaba llena de arena. O quizá de otra clase de polvo. Y a juzgar por la conducta de los payasos, a lo mejor se trataba de la clase de polvo del que de tanto en tanto los miembros del club Wentworth dejaban algunos vestigios en los espejos de mano de sus habitaciones, junto con pañuelos ensangrentados y pajitas. Qué interesante. Se metió la bolsa de terciopelo en el bolsillo, donde rebotaba contra el muslo a cada paso que daba.

Ahora venía lo divertido. Puso el Nissan en punto muerto y empezó a empujarlo hacia la estación de servicio que estaba a dos calles de distancia. Un conductor que pasaba le informó con un grito:

—Eso te pasa por conducir una mierda japonesa, colega.

—*Arigato gozaimasu*⁴ —masculló Jamie.

Más adelante, cuando recordase aquella noche, Jamie se asombraría de haber pensado que sus peores problemas eran el coche y el dolor de espalda que habría de causarle empujarlo, y de que ni siquiera por un momento hubiese pensado con alarma en la bolsita de terciopelo que llevaba en el bolsillo, que parecía que estaba llena de arena.

⁴ N. del t.: En japonés, «muchas gracias».

Acechando en sueños

La casa compartida era grande y vieja, de estilo *queenslander*, se hallaba en lo alto de una colina y se negaba obstinadamente a venirse abajo a pesar de la negligencia de sus inquilinos. La pintura estaba descascarillada, la escalera de atrás se balanceaba peligrosamente, el espacio que mediaba entre el techo de abajo y el suelo de arriba estaba habitado por ratas del tamaño de zarigüeyas y era posible que el casero hubiese olvidado la existencia de aquel lugar, pues un inspector de la propiedad los habría condenado a todos a la horca. La habitación de Jamie, el único dormitorio de la planta baja, era la avanzadilla más limpia de aquella jungla de solteros, y cuando entraba exhalaba un suspiro como si regresase a la seguridad de un refugio antiaéreo privado.

Contrariamente al espíritu de solteros de sus compañeros de piso, a quienes no parecían importarles esas cosas, el dormitorio de Jamie estaba decorado con un objetivo en mente: lo que pensaría Svetlana, la chica rusa que servía copas en el Wentworth, si entrase una noche imaginaria, después de que Jamie hubiera hecho acopio del coraje suficiente para pedirle una cita. El plan consistía en lo siguiente: el ordenador le daba un aire moderno; los pósteres de David Bowie y Trent Reznor, vestido con mallas, indicaban que tenía la mente abierta; el estante de cedés, en el que se amontonaban cientos de discos, y la caja de cartón, llena hasta el borde de antiguos vinilos, manifestaban sus gustos variados y su extensa cultura; las plantas de marihuana, que se identificaba con la naturaleza; la bicicleta de montaña que había en el rincón,

sus habilidades atléticas; la alfombra persa de imitación, que era un hombre de mundo; la pecera, que podía reflexionar tranquilamente y era bueno con los animales; el atrapasueños que colgaba del techo, su lado espiritual; el pequeño teclado sugería que era una persona creativa. Cada uno de aquellos objetos era como una pluma de la cola de un pavo real, su función era la de cortejar y deslumbrar.

Cuando regresó aquella noche, como todas las noches, examinó con preocupación los diversos elementos de la exposición para asegurarse de que todo estuviera en su sitio, de que sus compañeros de piso o los yonquis que merodeaban por allí no le hubieran robado artículos esenciales. Miró intranquilo el teclado, se preguntó si debía ponerlo en un lugar más visible y decidió por centésima vez dejarlo donde estaba. Ajustó la alfombra de modo que discurriera paralelamente a las tablas del suelo, describió lentamente un círculo para examinar su nido y suspiró, satisfecho de que todo estuviera en orden.

Se quitó los pantalones sin sacar la bolsa de terciopelo del bolsillo y se preguntó por cuánto podía venderla si en efecto se trataba de cocaína; no escasearían los compradores en la casa. Por el momento dejó la bolsa donde estaba y subió para darse una ducha. La casa era una ruina: parecía que habían arrojado una granada por el retrete y habían tirado de la cadena. Alguien había devorado veinte dólares en provisiones de Jamie desde que este se había marchado al trabajo y no había tenido la delicadeza de tirar los envoltorios vacíos. Había un yonqui lívido y comatoso en el sofá del salón; presumiblemente era amigo de uno de los compañeros de piso de Jamie, probablemente de Marshall. Jamie bajó la escalera de atrás, sintiéndose repentinamente deprimido. Aquella no era la vida para la que lo había preparado la televisión norteamericana. No había bodas de comedia romántica ni fraternidades llenas de gamberros alocados y chicas con camisetas mojadas. Solo había facturas que pagar y platos en el fregadero.

En el dormitorio, David Bowie lo observaba desde el póster como una andrógina figura paterna con pantalones acampanados que se ensanchaban alrededor de los tobillos. Jamie se arrojó sobre la cama, puso el despertador y se interrumpió; antes tenía que echar un vistazo a la bolsa de terciopelo, ¿verdad? La sacó de los pantalones. Parecía demasiado pesada para su tamaño. Se la pasó de una mano a otra y percibió un ruido muy tenue, como de canicas entrechocando. Desató el cordel

blanco y sostuvo la bolsa debajo de la lámpara. Dentro había numerosos abalorios pequeños que destellaban a la luz de la lámpara como cristal en polvo. Apretó la bolsa. Ahora que estaba abierta el sonido era audible, como el de un pequeño carillón. Tocó tentativamente el polvo con el dedo; era suave como la ceniza.

Dejó la bolsa en la mesita de noche, apagó la lámpara y se tumbó. Las tablas del techo crujieron cuando en la primera planta alguien se dirigió a la cocina para rematar la comida que le quedaba. Jamie se preguntó ociosamente qué ocurriría el día en el que estallara definitivamente, y con esa nota nada atípica se quedó dormido.

El sueño se presenta con tanta claridad que Jamie se siente completamente despierto en una nube maloliente detrás del contenedor industrial. Le parece que haber empujado el coche hasta la estación de servicio es el sueño del que acaba de despertarse.

Se escucha una voz que grita:

—¿Dónde estás, cabrón? Maldita sea, esto de acechar en sueños es una estafa. ¿Cuántas bolsas nos ha cobrado esa vieja bruja por esto? ¡Doops! Date prisa, capullo. Que no estamos de safari.

—Perdona, Gonko, es que... —contesta una voz quejumbrosa que Jamie reconoce. La primera voz pertenece a Gonko, el payaso delgado, y Jamie lo ve cuando asoma la cabeza por encima de la tapa del contenedor industrial. Gonko está merodeando por el aparcamiento; de algún modo es capaz de caminar con el sigilo de un asesino a pesar de sus ridículos zapatones rojos. Su rostro parece surcado por líneas marcadas y duro como la piedra; es como si lo hubiesen usado como papel de lija y lo hubiesen empapado en güisqui. Sus ojos desaparecen en finas rendijas, relucen fríamente y tocan como la punta de un dedo helado todo aquello en lo que se posan.

Jamie, que está detrás del contenedor, cae en la cuenta de que Gonko está buscando dos cosas: la bolsita de terciopelo llena de polvo y a la persona que se la ha robado. Y siente un peso en el estómago, porque la bolsa no está a salvo en su casa, sino en su bolsillo. Sopesa arrojarla al otro lado del aparcamiento y salir corriendo, pero una breve mirada a Gonko acaba con esa idea. El payaso al acecho, que se mueve como si fuera un espantapájaros de atuendo estridente, parece decir solo con sus andares *nada de*

eso. Voy a cogerte, colega. No salgas. Órdenes del médico. No le cabe duda de que Gonko lo matará si lo encuentra.

Jamie se arrastra a cuatro patas hasta el otro lado del contenedor y ve a los otros dos payasos. Además, sabe cómo se llaman. El primero es Goshy, por supuesto, y el de las cerdas negras es Doopy. Jamie sabe de algún modo que son hermanos. Gonko interrumpe la búsqueda, se vuelve hacia ellos y les espeta:

—No os quedéis ahí parados, gilipollas. Encontradlo. Está aquí.

Jamie asoma la cabeza por el borde del contenedor y ve que Goshy da media vuelta y lo mira directamente. Clava sus ojos enajenados en los suyos y el influjo de su mirada lo deja petrificado. Goshy abre y cierra la boca dos veces sin emitir ningún sonido. Los demás payasos están mirando para otro lado en ese momento, y eso es bueno, porque Goshy levanta el brazo sin doblarlo y señala directamente al contenedor, directamente a Jamie. Goshy abre y cierra de nuevo la boca muda y Jamie siente que un escalofrío de terror le recorre la columna vertebral.

—Gallinita, gallinita—exclama Gonko con voz cantarina—. Tú la llevas. Ratón, que te pilla el gato. Un, dos, tres, zapatito inglés...

Frustrado, Gonko descarga una bota sobre un BMW aparcado, con tanta brutalidad que la portezuela del conductor se comba y se desprende de las bisagras con un chirrido metálico. Goshy sigue mirando fijamente a Jamie, con frialdad depredadora en un ojo y confusión en el otro. El hecho de que su rostro pueda conciliar esas dos actitudes tiene algo obsceno, como si la mente del payaso estuviese dividida a partes iguales entre un tarado y un reptil. Goshy se adelanta unos pasos hacia el contenedor industrial sin doblar las piernas y Jamie se agacha detrás de este. Goshy está justo encima de él, se le encienden los ojos y mete la mano en el contenedor. Jamie está punto de gritar... Pero Goshy se limita a sacar una lata de cerveza vacía y mirarla como si fuera un enigma que tiene que resolver. Abre y cierra la boca de nuevo y Doopy se vuelve a mirarlo.

—Goshy, deja eso. ¡Déjalo, Goshy, no tiene gracia!

Goshy sigue contemplando la lata durante otro minuto, la deja caer a los pies de Jamie y se dirige hacia los otros dos payasos. Pero tropieza y cae pesadamente sobre el hormigón.

—¡Goshy! —exclama Doopy, que acude corriendo. Goshy rueda sobre el hormigón con los brazos apretados a ambos lados del cuerpo, chillando como una tetera.

—¡Hmmmmm! ¡Hmmmmm!

Y Jamie despierta en el preciso momento en que en la primera planta la tetera de la cocina llega al punto de ebullición, el ruido atraviesa el entarimado y se abre paso hasta él, chillando como un payaso.

Jamie despertó con la ominosa sensación de haber descansado demasiado. El pequeño despertador verificó sus temores: eran las tres de la tarde. Sin pensar en el sueño de la noche anterior, corrió por el dormitorio buscando desesperadamente el uniforme de trabajo, las toallas, los calcetines y la cartera, que se habían escondido durante la noche. Subió la escalera de atrás, atravesó la puerta trasera y, por supuesto, ya había otra persona en la ducha. Aporreó la puerta.

—¡Vete a la mierda! —fue la brusca respuesta.

Parecía su compañero de piso Steve, el extraordinario ladrón de comida.

—¡Venga, hombre, que llego tarde! —gritó Jamie, aporreando de nuevo la puerta.

Cuando esta se abrió seguía saliendo agua de la ducha y el vapor se escapó por la entrada. Apareció una cara aniñada, redonda y chorreante que tenía un aire contemplativo, con una ceja enarcada reflexivamente. Un brazo mojado y musculoso salió disparado y derribó a Jamie de un fuerte empujón en el pecho; después la puerta se cerró con suavidad.

—Eso es agresión —le advirtió Jamie al techo. Se levantó y se quedó mirando fijamente la puerta, boquiabierto, meneando la cabeza. *¿Es que piensas aguantar eso?*, lo apremió una parte de él. *¡Defiéndete! Joder, por una vez en la vida, defiéndete...*

Ese día no. Por el contrario, fue a la cocina a prepararse un café y un sándwich. Abrió violentamente la puerta del frigorífico y siseó entre dientes: el pan había desaparecido, así como la mayor parte de la leche.

—Dios, ¿es que le pido demasiado a la vida? —susurró. Buscó comida, una vana esperanza en una cocina de solteros que era más bien un establo; solo vio paquetes de fideos instantáneos cuyas sobras se derramaban sobre la encimera como gusanos congelados—. ¡Joder! —excla-

mó. Lo asaltó una oleada de rabia incandescente y le propinó una patada a la puerta del frigorífico. Bajó corriendo a ponerse los zapatos, preguntándose cómo inspirarles un poco de respeto, aunque fuese un poco, a sus compañeros de piso.

Sus ojos se posaron sobre la bolsa de terciopelo que estaba en la mesita de noche. Apenas titubeó un segundo antes de cogerla, haciendo que tintineara como una campanilla. Si se trataba de una droga, tal vez hubiera llegado el momento de averiguar cuáles eran sus efectos; mejor dicho, sus efectos secundarios. Subió de nuevo las escaleras hasta la cocina, donde abrió la botella de leche casi vacía y echó cuidadosamente un pellizco de polvo dentro, agitó la botella y volvió a dejarla en el frigorífico. Si Steve se comportaba como de costumbre estaría colocado enseguida, quizás estuviera psicótico a la hora de la cena. Jamie se salpicó las axilas en el fregadero, se secó con un trapo de cocina, se vistió y se fue al trabajo.

Su turno transcurrió sin incidentes. Aunque no lo supiera, serían las últimas ocho horas de paz que tendría durante algún tiempo.

Acechando durante la vigilia

Sintió que algo no encajaba en cuanto se bajó del taxi. Pasaban veinte minutos de la medianoche. La calle estaba en silencio y no había ninguna prueba visible que sustentase aquella sensación, pero allí estaba. *Aquí pasa algo... Algo va mal.*

La cortina del dormitorio de Steve se agitó ligeramente ante sus ojos como si alguien acabara de apartarse de la ventana. La luz se apagó.

Jamie se detuvo un breve instante en la puerta de su habitación con el dedo sobre el interruptor de la luz, aguzando el oído sin saber por qué. De pronto todo le parecía demasiado silencioso.

Accionó el interruptor, soltó la bolsa y emitió un sonido como si lo estuvieran estrangulando; parecía que un ciclón había arrasado el dormitorio. La televisión estaba rota, tenía una fisura en la pantalla con la forma aproximada de la suela de una bota. El monitor del ordenador presentaba una herida semejante y estaba tirado en el suelo como una cabeza cortada. La ventana estaba rota y, a través del agujero dentado, vio sus calzoncillos colgados en la cerca del vecino. Los peces muertos estaban flotando y habían escrito las letras R. I. P. con lápices de colores en la pecera, junto con el boceto de un pene. Los pedacitos del teclado, que valía mil cuatrocientos dólares, estaban diseminados por el suelo. Había algo en la almohada que parecía un enorme montón de mierda humana, enroscada como una gruesa serpiente muerta. El cajón de la mesita de noche estaba en el suelo y su contenido esparcido por todas partes. No se veía la bolsita de terciopelo por ninguna parte.

Pero, ¿qué significaba todo aquello? Alguien lo había hecho. En aquel vertiginoso momento eso le parecía lo más absurdo de todo, como si un terremoto hubiese sido una explicación más racional. Por amor de Dios, ¿por qué? ¿Quién haría una cosa así?

Cuando salió de la habitación esperaba que la escena se desvaneciera por completo como un espejismo si volvía a entrar en ella. Con los hombros encorvados, meneando la cabeza, subió la escalera de atrás dando tumbos hasta la cocina. Puso la tetera en el fuego y entonces lo asaltó el hedor del vómito; el fluido de intenso color rojo había atascado el fregadero y salpicaba el suelo. Sus zapatos estaban en un charco que se estaba secando. Contempló el vómito fascinado hasta que la tetera emitió un chillido que lo despertó con un sobresalto.

Goshy. La idea se le pasó por la cabeza como si fuera un ruido de fondo. Aturdido, se sirvió agua en la taza, sacó la leche del frigorífico y advirtió que alguien había dejado un murciélago muerto en el estante del medio, junto a un recipiente de ensalada de patata. Los colmillos blancos estaban congelados en una mueca. Jamie lo contempló inexpresivamente, bebió un sorbo de café y dejó que la puerta se cerrara.

Salió de la cocina y entró en el salón. Recorrió los destrozos con la mirada antes de detenerse en las palabras «cerditos políticos» que alguien había escrito con helado de chocolate en la pared. Tales palabras le resultaban familiares. Tras un momento, cayó en la cuenta de que se trataba del mensaje que había escrito «la familia» Manson con la sangre de sus víctimas después de la carnicería. Había una delgada cuerda balanceándose del ventilador del techo, la cual tenía forma de soga y se encontraba ceñida al cuello de un osito de peluche. Le habían desgarrado el trasero para meterle un trozo de papel. Jamie lo extrajo y leyó el mensaje escrito en letras mayúsculas con lápices de colores: «Adiós, mundo cruel». En el suelo había trozos de plástico y de alambre dispuestos en forma de letras y Jamie se dio cuenta de que se trataba de los restos del teléfono. Las letras formaban las palabras: «No está en casa». De algún modo, advirtió distraídamente que aquella demostración de vandalismo requería cierto grado de paciencia y concentración, como si se hubieran propuesto que contrastase con la violencia fortuita que la rodeaba; habían prestado una atención casi artística a cada una de las agresiones.

Bebió un sorbo de café con el pulso firme y tranquilo. Junto a la televisión destrozada había un pequeño objeto rojo que atrajo su aten-

ción. Se inclinó para recogerlo, pensando al principio que se trataba de una pelota de goma. Estaba unida a una cinta de plástico blanco: era una nariz de pega. La balanceó un momento sujetando la tira con el dedo índice y después la dejó caer entre los escombros.

En ese instante se percató del llanto que salía de uno de los dormitorios. Se dirigió lentamente hacia el origen del sonido; los despojos desparramados por el pasillo se quebraban y crujían bajo sus pies. Pasó ante la puerta de Marshall, el amigo de los yonquis. Pasó ante la puerta de Nathaniel, que malversaba el dinero de las facturas. Ambas habitaciones estaban en silencio; el llanto salía de la de Steve. La puerta estaba abierta y la luz apagada. Jamie se detuvo en la entrada, esperando y bebiendo sorbos de café. Los sollozos se interrumpieron. Oyó la respiración entrecortada de Steve, que moqueaba ruidosamente. Finalmente susurró:

—¿Jamie?

—Steve—dijo Jamie con una voz muy lejana—, ¿qué ha pasado? ¿Por qué está...? ¿Por qué está la casa hecha un putito desastre, Steve?

Fuera, en algún lugar, una sirena de policía aulló antes de desvanecerse a lo lejos. Jamie vio la oscura silueta de Steve moviéndose encima de la cama.

—No lo sé—contestó al fin Steve—. Vinieron unos tíos y... No me acuerdo exactamente... Una parte... una parte la hice yo, porque si no lo hubiera hecho...

Jamie parpadeó.

—Vinieron unos tíos, ¿eh, Steve? Estás seguro, ¿no? ¿Qué tíos, exactamente?—En el fondo de su mente, Jamie lo sabía; la nariz de payaso no había sido una pista sutil. Era casi un juego deliberado aferrarse a un motivo más cuerdo: que lo hubiera hecho Steve.

Steve volvió a derrumbarse. Jamie supuso que había percibido en parte la amenaza que se intensificaba rápidamente en la entrada... «Cerditos políticos», con dos cojones, solo que no tenía que escribirse con helado. Jamie se adentró un paso en la oscura habitación. Steve se retorció sobre el colchón y los muelles de la cama chirriaron. Jamie alargó la mano para encender la luz.

—No, no lo hagas... —empezó Steve.

El dormitorio se iluminó. La cara redonda de Steve estaba embadurnada con un grasiento arco iris de maquillaje. Le habían emplastado una

enorme sonrisa roja con pintalabios alrededor de la boca. Tenía la cabeza y el pelo completamente tiznados de un blanco aceitoso. Sus lágrimas rodaban sobre aquella máscara macabra, trazando riachuelos en las mejillas. Tenía una nariz de payaso de plástico rojo colgada del cuello y llevaba una camisa con puños blancos con volantes y un estridente estampado de flores. La habitación había recibido el mismo tratamiento que el resto de la casa. La lámpara de lava de Steve había dejado de existir. El estéreo estaba destripado. La mitad del suelo presentaba marcas negras de quemaduras semejantes a cicatrices de latigazos.

Jamie soltó la taza, que se rompió y le salpicó los pies de café caliente.

—¿Steve? —susurró.

—Esos tíos —dijo Steve entre gimoteos— vinieron y... me sujetaron y me pusieron... esto. Supongo que debían de ser drogatas, amigos de Marshall. A lo mejor les debe dinero o algo así y vinieron a saldar cuentas. Estaban vestidos como... payasos.

Claro que lo estaban. Jamie se puso en cuclillas, aquejado de una repentina jaqueca.

—¿Cuántos eran? —preguntó.

—Me parece que eran tres. Empezaron abajo. Se oían golpes y cristales rotos... Pensé que eras tú, así que bajé a decirte que te callaras, ¿sabes? El flaco me agarró y... —Steve agitó las manos delante de la cara—. Había otros dos. Uno de ellos no dejaba de decir «no tiene gracia, no tiene gracia». Y el otro no dejaba de hacer un... un ruido extraño...

—Como una tetera hirviendo —murmuró Jamie.

Steve no dio muestras de haberlo oído.

—El flaco tenía un cuchillo. Me dijo que si no los ayudaba a destrozar la casa me rajaría. Así que los ayudé.

—Los ayudaste —repitió Jamie.

Steve le dirigió una mirada de reproche.

—¿Qué iba a hacer? Eran tres contra uno. Ese tío iba a pincharme, tendrías que haberlo visto. Quería pincharme, de verdad. Tuve que hacer lo que me decían. Rompieron la tele...

—Esa pintada de helado en la pared, ¿quién la hizo?

—El payaso flaco —dijo Steve—. No sé por qué. Ni siquiera sé lo que significa.

—¿Y el vómito de la cocina?

—Es mío —susurró Steve, limpiándose la nariz con la manga—. Pero eso pasó antes de que vinieran. Me tomé algo y lo devolví enseguida. Llevo así todo el día.

«Algo.» Los ojos de Jamie se posaron en una taza mediada de café frío que había en la mesita de noche de Steve. Después miró la taza rota que estaba a sus pies, mientras el café se desparramaba por el suelo, enfriándose. Afloró un recuerdo desagradable: se vio echando un poco de aquel polvo misterioso en la leche para vengarse de Steve por haber estado en la ducha y por haberle robado la comida. Jamie apenas tuvo tiempo para esbozar una sonrisa desprovista de alegría antes de que lo acometiesen las náuseas, que le atenazaron el estómago como si le hubieran propinado un puñetazo, llegaron al fondo de la garganta y manaron a borbotones hasta las mejillas. Jamie salió corriendo por el pasillo, tropezándose con los escombros y los despojos, y llegó por los pelos al fregadero de la cocina.

Cuando acabó se echó agua del grifo en la boca con manos temblorosas y trató de quitarse el sabor de boca. Detrás de sus ojos bailaban lucecitas blancas. Se quedó mirando su reflejo en la ventana de la cocina. *¿Ahora qué?*, se preguntó.

Ahora vendrían los payasos. No tenía ningún sentido, pero de algún modo lo sabía: iban para allá.

Pero resultó que eso no era completamente cierto. Ya estaban allí.

Jamie estaba en el cuarto de baño, lavándose la boca con dentífrico, cuando oyó un ruido leve abajo, en su dormitorio. Se interrumpió e inclinó la cabeza hacia un lado, esperando que hubiera sido su imaginación. Pasó medio minuto de silencio y entonces los payasos anunciaron su presencia. Un topetazo, un chirrido, un balbuceo, el silbido de una tetera y un estrépito.

Venía de su habitación. Jamie gimió y salió corriendo del cuarto de baño, entró en la cocina, resbaló en el vómito y se estrelló contra el suelo. La caída fue dolorosa y ruidosa. Más abajo, los sonidos de la demolición cesaron para dar paso a un silencio escudriñador que fue interrumpido por una exclamación sofocada («¡Gonko, no tiene gracia!»), seguida del sonido de la madera arrancada.

Jamie se puso en pie y buscó un cuchillo grande en un cajón, pero lo mejor que encontró fue un rodillo. Salió pitando por la puerta de atrás

con el rodillo en la mano, sintiéndose ridículo; probablemente no era el arma que usaba Genghis Khan para ocuparse del negocio. Cuando bajó la escalera se detuvo a escuchar.

—¡Gonko, por favor! —prorrumpió apasionadamente el payaso quejica, justo antes de que se produjera un enorme estruendo, y de inmediato un silbido más tenue y ominoso, el sonido de algo que era pasto de las llamas.

Jamie emitió un gemido de pánico y fue corriendo a su habitación. Un fulgor anaranjado titilaba al otro lado de la puerta. Los tres payasos le estaban dando la espalda. El quejica con mechones de cerdas negras estaba levantando cuidadosamente la almohada de la cama de Jamie; parecía que estaba rescatando el montón de mierda de las llamas que se propagaban por la manta como quien sostiene a un bebé dormido. Goshy, que estaba a su lado, se volvió para ofrecerle a Jamie una visión de su perfil. Su rostro aún conservaba aquella expresión de sorpresa, como si lo estuviera viendo todo por primera vez. Siguió arrastrando los pies, reparó en Jamie y entrecerró los ojos con un aire completamente calculador. Abrió y cerró la boca en silencio.

El payaso delgado también se dio la vuelta y lo miró con los ojos entrecerrados; sus facciones estaban surcadas de arrugas y líneas marcadas y las sombras danzantes del fuego proyectaban un resplandor diabólico sobre ellas.

—Ah, hola, amiguete —dijo con falsa alegría—. Precisamente estábamos hablando de ti.

Los tres se abalanzaron sobre Jamie; Goshy tenía los brazos abiertos como un niño de tres años que necesita que lo abracen, el delgado embestía como un pendenciero futbolista británico y el quejica avanzaba a trompicones, tropezándose. El fuego se estaba propagando por la cama de Jamie a sus espaldas; habían arrancado los tablones de la pared y los habían arrojado al colchón para alimentar las llamas.

Jamie retrocedió un paso y levantó las manos, disponiéndose a combatir, pero sabía que estaba condenado. Jamás se había peleado con nadie, lo más parecido que había tenido a una pelea fue un intercambio de amenazas de muerte en un atasco. Se le doblaron las rodillas a causa del miedo y arrojó el rodillo con todas sus fuerzas. Sorprendentemente, el proyectil dio en el blanco; el rodillo fue dando vueltas en línea recta hacia Goshy, se estrelló contra su barriga flácida y a continuación, más

sorprendentemente aún, rebotó y salió despedido hacia Jamie, como una mancha borrosa de madera que volaba hacia sus ojos. Jamie se volvió para protegerse la cara y el rodillo lo golpeó en la sien. Cayó al suelo y se desmayó, quedando completamente a merced de los payasos.

Cuando Jamie volvió en sí solo recordaba que el mundo de la vigilia era un lugar desagradable y se obligó a desmayarse de nuevo. Aquello funcionó durante un par de minutos, pero era difícil quedarse allí mientras alguien le estaba clavando una piqueta en la sien con un ritmo acompasado de cuatro por cuatro. Se aferró la cabeza y gimió lastimosamente; entonces sintió que algo también andaba mal por debajo de la cintura. Tenía algo alojado en el recto; que Dios lo ayudase, allí estaba. Se dio palmaditas en el trasero con una mano temblorosa y sintió que sobresalía algo duro. Cuando lo extrajo el desagradable roce le arrancó un gruñido de dolor. Era una nota de papel enrollado.

Pum, pum, pum. Cuando se incorporó se intensificó el ritmo de la estaca que le estaban clavando en la cabeza. Percibió un olor cercano, un hedor absolutamente putrefacto a cerveza rancia y basura. Abrió los ojos y vio que habían redecorado su habitación. Habían arrancado la madera de la pared; al parecer, los payasos habían estado trabajando en una especie de dibujo (se adivinaba algo que quizá fuera una cara sonriente), pero aquella tarea debía de haber sido demasiado para ellos. La cama se había convertido en un montón de ceniza del que sobresalían algunos muelles y alambres. Alguien había metido a rastras el contenedor de reciclaje de la calle y había esparcido por el suelo el contenido de botellas rotas que se había acumulado durante meses.

Se puso en pie, se tambaleó y volvió a ponerse en cuclillas. Sus ojos se posaron en el interruptor de la luz; estaba rodeado de clavos que habían hundido en la pared desde el otro lado, de modo que las puntas le pinchasen la mano a cualquiera que buscase a tientas en la oscuridad. Casi admiraba las molestias que se habían tomado los payasos.

En el escritorio había algo que no tenía ningún sentido: un jarrón de margaritas intacto, hermoso en medio de aquella devastación. Y entre los despojos calcinados de lo que antaño había sido su cama había algo que parecía una tarjeta de felicitación. Se acercó tambaleándose, aplastando cristales rotos con los zapatos, y la recogió. Tenía forma de corazón

rojo y rezaba: «Para una persona especial». Le habían estampado un beso con un pintalabios.

Los engranajes de su mente rechinaron y chirriaron como un motor desfalleciente. ¿A qué venía tanta cortesía en medio de tanta destrucción?

Miró el armario, que ahora estaba vacío. El uniforme de trabajo estaba encima, pulcramente doblado, planchado y listo para el siguiente turno en el club. En el tablero del fondo del armario alguien había clavado una zarigüeya muerta a modo de parodia de la crucifixión.

Una gota cayó del techo y le salpicó la cabeza. Jamie se restregó la mojadura mientras la jaqueca palpitaba al compás de sus latidos. El contorno de su cuerpo estaba delineado en el suelo entre los cristales rotos y los desechos. Al lado estaba el papel que se había sacado del recto. Desdobló la nota y leyó la escrupulosa caligrafía en tinta dorada.

Me ha encantado el número del rodillo. Nos vendría bien. Y tú también. Tienes dos días para pasar la audición. Será mejor que la pases, colega. Vas a unirte al circo. ¿A que es la mejor noticia que te han dado nunca? Y una mierda que no. Tienes suerte de que el nuevo aprendiz no esté cumpliendo. Acabaré matando a ese hijo de puta, ya lo verás.

Gonko, en nombre de Doopy, Goshy, Winston y Rufshod
División de payasos del circo de la familia Pilo

P. D.: Si me vuelves a robar, te corto las pelotas.

Jamie estrujó la nota con el puño y la dejó caer al suelo, preguntándose qué significaba aquello.

Según el despertador (que, de algún modo, seguía funcionando) disponía de una hora para arreglarse para el siguiente turno. Cuando pasó ante el cuarto de baño de abajo vio que habían metido el resto de su ropa en el retrete. Otra gota húmeda se filtró a través del entarimado y aterrizó en su cabeza. Volvió a enjugársela, casi sin pensar en lo que estaba haciendo, pero el nuevo olor que había traído consigo atrajo su atención. Se miró el dorso de la mano y comprobó que tenía una mancha marrón en los nudillos. Sorprendido, miró al techo. Las aguas residuales

se estaban filtrando a través de las oquedades de las tablas de arriba como nieve derretida.

Jamie se las ingenió para salir tranquilamente y poner la cabeza debajo del grifo de la lavandería antes de caer redondo y vomitar en silencio.

Arriba, la casa era una pesadilla. Al parecer los payasos habían amañado de algún modo la instalación para que expurgase todo lo que había descendido por las cañerías en la memoria reciente. La porquería se había desparramado por el suelo de la cocina, el cuarto de baño y el pasillo y se arrastraba poco a poco hacia los dormitorios como una marea que subiera lentamente.

Jamie acudió al trabajo con la determinación de un cartero. Cuando llegó al club otros empleados, así como algunos miembros, le preguntaron si se encontraba bien. Les dijo que estaba bien mientras miraba fijamente a un kilómetro de distancia. Después del ajetreo de las seis de la tarde recibió dos llamadas telefónicas. La primera era de Marshall, que le llamaba desde una cabina telefónica exigiendo una explicación. Jamie le colgó. La segunda también era de Marshall, aunque ahora el tono había dado paso al pánico histérico. Le suplicaba una explicación. Jamie volvió a colgarle y a continuación desconectó el teléfono.

Apenas podía reaccionar cuando se topaba con alguien. La palpitante jaqueca se atenuó poco a poco hasta que se convirtió en algo tolerable. Cuando el reloj dio las dos, señalando el final de su turno, cogió la llave maestra y se dirigió a una de las habitaciones desocupadas, colgó un letrero de «no molestar» en la puerta y se desplomó en la cama.

La luz de la luna se filtraba por la ventana. Jamie paladeó el silencio; las gruesas paredes de granito impedían que pasaran los ruidos de la ciudad. A escasos metros de distancia las calles estaban rebosantes de la última ronda de juerguistas que iban en busca de más alcohol y un polvo, como cualquier otro sábado por la noche en Brisbane. Las mujeres, ataviadas como jamones glaseados y relucientes a causa del calor, procuraban aparentar que habían salido del plató de *Sexo en Nueva York*. Si uno las observaba atentamente podía identificar las afectaciones de las estrellas norteamericanas a las que idolatraban; los gestos, las inflexiones y los intentos de ser atrevidas. Mientras tanto

los hombres, ajenos a todo, se embutían en pantalones vaqueros y camisas de vestir empapadas de sudor, todos ellos preparados para un rodeo, dando tumbos en manadas concupiscentes. La maldición de la clase obrera estaba en todo su apogeo. Jamie, tumbado, encontraba aquella idea reconfortante: la certidumbre de que las cosas estaban en su sitio. Había momentos en los que hasta los ambientes más anodinos podían ser reconfortantes; saber que no cambiarían nunca significaba que al menos había algo con lo que se podía contar.

Aquella noche no esperaba conciliar el sueño, pero descubrió que estaba a punto de quedarse dormido y cerró los ojos de buena gana para aprovechar las horas de respiro que se avecinaban.